

“La política por otros medios. Socialismo, prensa y democracia en la Argentina, 1890-1940”

Juan Buonuome (Conicet/Cehp-Epyg-Unsam)

Este trabajo analiza la trayectoria del socialismo argentino entre las décadas de 1890 y 1940 desde una perspectiva centrada en los modos cambiantes en que esta fuerza política batalló por la opinión pública en la boyante arena periodística de la ciudad de Buenos Aires. La perspectiva elegida se concentra en el vínculo que mantuvo el Partido Socialista, y su órgano central de prensa, *La Vanguardia*, respecto de los actores dominantes del medio periodístico local. En este período, las representaciones e interacciones de *La Vanguardia* con el resto de los actores de la prensa se dirigieron en forma predominante a los actores que lideraban una pujante escena mediática y entonaban un discurso en defensa del “pueblo” y los humildes. El trabajo describe y analiza los cambiantes posicionamientos del periódico socialista respecto a estos actores modernos y populares de la prensa en el marco de importantes transformaciones en los vínculos entre la prensa, el público y el estado entre fines del siglo XIX y el ascenso del peronismo.

La prensa argentina devino en este período en una industria particularmente robusta. La ciudad de Buenos Aires, en particular, tuvo un innegable liderazgo en el contexto latinoamericano en este terreno. Existen algunos índices para dimensionar esta particular madurez, que comenzó a fines del siglo y continuó y se consolidó durante la primera mitad del siglo XX. Uno de ellos es la cantidad de ejemplares que ponía en circulación por día, donde la Argentina dominaba no sólo en relación a su demografía, sino en términos absolutos: así, por ejemplo, durante la década de 1920, los únicos tres periódicos latinoamericanos que mantuvieron en forma regular cifras de tirada por encima de los 150.000 ejemplares diarios se publicaban en la ciudad de Buenos Aires. Ya en los años treinta, el total de diarios que circulaban en Buenos Aires superaba a lo observado en ciudades de Estados Unidos como Los Ángeles y San Francisco. Y en la década de 1940, en el pico de su desarrollo, los diarios de Buenos Aires vendían un número de copias mayor a la suma de ejemplares vendidos por sus pares de Río Janeiro, San Pablo, Santiago de Chile y ciudad de México.¹

La madurez de la industria periodística local modificó en forma drástica la relación entre el público y los periódicos, que pasó ahora a estar mediada por lógicas mercantiles que reflejaban y potenciaban nuevas y sofisticadas competencias lectoras. En el marco del ascenso irrefrenable de la cultura de masas y de consolidación del periodismo profesional y de sus públicos, la política entabló vínculos muy diferentes con la prensa. La era de la mercantilización de la circulación de información y producción de noticias condicionó a quienes apostaban a formas orgánicas de identificación a través de la prensa (fuese ideológica, partidaria o asociativa). Al mismo tiempo, los efectos de la mediatización se observaron a nivel de los discursos y de las formas de intervención en la arena pública, de allí que las convicciones ideológicas y políticas debieran ser objeto de negociación y disputa respecto a estrategias y lógicas impuestas por empresas poderosas económicamente que se presentaban como representantes del interés general del pueblo o de la nación.

¹ Datos tomados de los anuarios internacionales de la American Society of Newspapers Editors, *Editor and Publisher: International Year Book*, correspondientes a los años 1925-1949. Ver también: James Cane, *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina, 1930-1955*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 2011, pp.46-47.

En el caso del socialismo argentino pre peronista, estas tensiones se observan con particular claridad en las disputas que entabló *La Vanguardia* con los principales matutinos y vespertinos por la representación legítima del “pueblo” y “lo popular”. Desde 1900, la industria local tuvo entre sus exponentes más salientes a diarios que no sólo se concebían como el reflejo del conjunto de la opinión pública, según los parámetros ya establecidos en el marco del ciclo de experimentación republicana del siglo XIX. Más importante aún, estos diarios hacían uso y abuso de una interpelación populista a sus lectores. Con distintas intensidades y matices, el diario *La Prensa* durante la década de 1900, *La Razón* y *La Argentina* durante los años diez, y *Crítica* durante las décadas de 1920 y 1930, se presentaron así mismos como la voz del Pueblo, entendiendo por eso la defensa de los humildes contra los ricos y la oligarquía. Estos periódicos solían emplear una perspectiva moral, de allí que se tratara de un discurso basado en valores, no en intereses económicos y sociales. La presencia rutilante en la arena periodística de estos actores modernos, capitalistas y defensores de los menos privilegiados constituyó un dato clave que se interpuso en los intentos del socialismo por representar a las masas trabajadoras y liderar el proceso de democratización de la sociedad y la política argentinas.

Bajo el influjo del Programa de Erfurt, suscrito por la Segunda Internacional Socialista en 1891, el naciente Partido Socialista de Argentina apostaba a una vía democrática y parlamentaria hacia el socialismo. Para su líder J. B. Justo, el desarrollo de las fuerzas productivas habrían de crear las condiciones para el afianzamiento de la democracia liberal y, al mismo tiempo, para la transformación socialista. En su diagnóstico se proponía la transparencia entre economía y política: dado que en Argentina se verificaba un acelerado proceso de avance en las relaciones capitalistas, la conciencia política de las mayorías estaría orientada en adelante por su lugar en el proceso de producción. Pero esta postulación contrastaba con una realidad que se negaba a cambiar tan rápidamente, de allí que los socialistas procuraran asumir un rol de marcado sesgo pedagógico, en un intento por empujar una democratización gradual a través de herramientas diversas como la prensa, las bibliotecas, las cooperativas y las escuelas. En este proyecto de elevación cultural de las masas, el socialismo enfrentó un enemigo de magnitud, que no provenía del estado sino del mercado: “la prensa burguesa”. Más que la escuela pública o el discurso oficial, los principales exponentes de la prensa moderna y masiva fueron los actores de referencia para delinear los contornos de su propio proyecto cultural y político.

Una buena parte de las interpretaciones sobre las dificultades que atravesó el socialismo en este período observó y juzgó esta trayectoria a contraluz de la suerte corrida por movimientos políticos identificados clásicamente como populistas. Una primera respuesta fue la provista por los autores de la “izquierda nacional”, quienes describieron el derrotero del socialismo desde la perspectiva que brindaba 1945, y contribuyeron a construir una imagen crítica al caracterizarlo como una “flor exótica”, como un movimiento compuesto de inmigrantes y pequeños burgueses aliados del imperialismo y la oligarquía nativa que le dio la espalda a las masas argentinas. Un segundo grupo de acercamientos, crítico de los planteos de la “izquierda nacional”, dirigieron en cambio su mirada a la “incomprensión” socialista respecto al radicalismo. En este caso, la actitud defensiva y la intransigencia de los socialistas frente esta fuerza política popular habrían devenido en una postura sectaria, convirtiendo la propuesta de autonomía política y organizativa del proletariado en mero aislamiento.² Se

² Jeremy Adelman, “Socialism and Democracy in Argentina in the Age of the Second International”, en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 72, Nº 2, 1992, pp. 211-238; José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Ricardo Martínez Mazzola, *El Partido Socialista argentino y sus interpretaciones del radicalismo (1890-1930)*, Tesis Doctoral, Universidad

puede mencionar un tercer grupo de interpretaciones, que corre el foco respecto del grado de acierto o error de las propuestas y diagnósticos socialistas, y busca respuestas, en cambio, en el contexto de transformaciones estructurales sociales y políticas, dentro de las cuales debió navegar esta apuesta política. Así, por ejemplo, se formularon explicaciones vinculadas al singular patrón de democratización política de nuestro país, marcado por un pronunciado divorcio entre los reclamos de los trabajadores y la política de clase.³ Del mismo modo, se ha aludido a la capacidad integradora de la Argentina a fines del siglo XIX como principal freno al éxito de una orientación contestataria y clasista entre las clases subalternas: no sólo por las posibilidades que brindaba el mercado de trabajo y el crecimiento de base agroexportadora en las principales ciudades del litoral, sino también por las características del estado liberal, que ofreció importantes garantías a derechos y libertades constitucionales valorados por los trabajadores.⁴

Los factores culturales, en cambio, han estado ausentes en estas interpretaciones. A pesar del valor que los socialistas asignaban a la necesidad de “educación popular” y de adquisición de una cultura general no clasista por parte de los trabajadores, las explicaciones sobre las limitaciones del socialismo argentino en la primera mitad del siglo XX no suelen incorporar cuestiones como la democratización de la lectura, las transformaciones de la esfera pública y la maduración de una cultura comercial de masas, factores que condicionaron el desarrollo del socialismo. En algunos casos, la explicación centrada en el “aislamiento” en términos políticos es complementada con una alusión a una perspectiva iluminista que los líderes socialistas tenían acerca de la constitución de los sujetos políticos. Así, por ejemplo, Aricó y Portantiero aluden a un “pedagogismo abstracto” profundamente desconfiado de las formas inorgánicas de acción de las masas, rasgo que le valdría un progresivo aislamiento del “movimiento democrático y obrero”. Sin embargo, esta hipótesis no fue contrastada suficientemente por la investigación empírica. La apuesta cultural del socialismo no puede mirarse sólo a partir de los planteos más cristalizados sobre lo que debe ser un “obrero consciente”, o de la fuerza o debilidad propia de sus empresas militantes. En cambio, debe poder evaluar los discursos, prácticas y representaciones socialistas en interacción con las lógicas, actores y dinámicas propias de ese terreno.

Retomando esta pregunta, aquí se incorpora como elemento de análisis las respuestas ofrecidas por los socialistas a los procesos de expansión y transformación de la esfera pública periodística entre 1890 y 1940. Al centrar la atención en la disputa del socialismo por la representación del “pueblo” y “lo popular” a través de la prensa, el trabajo ilumina el modo en que los socialistas intentaban llegar a ese universo social y cultural amplio y heterogéneo que se incorporaba a la vida pública por vía de la prensa diaria, pero cuyos miembros no ejercían derechos políticos y no participaban en forma permanente en las organizaciones del movimiento obrero. El trabajo se despliega en tres momentos: los años de apogeo y crisis del orden oligárquico, la era radical y los años treinta.

de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2009; Juan Carlos Portantiero, *Juan B. Justo. Fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

³ ; Juan Carlos Torre, “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?”, en *Entrepasados*, N° 35, 2009, pp. 151-163.

⁴ Roy Hora, “Trabajadores, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina (1880-1900), en *Desarrollo económico*, Vol. 59, N° 229, 2020, pp. 329-360, e “Izquierda y clases populares en Argentina, 1880-1945”, en *Prismas*, N° 23, 2019, pp. 53-75.

1. Apogeo y la crisis del orden oligárquico

A fines del siglo XIX la sociedad argentina asumió una fisonomía tan abigarrada y diversa como desconocida. La economía creció más que ninguna otra del globo y el arribo de vastos contingentes de inmigrantes, que superaban con creces la masa de población previa, impactó en casi todos los órdenes de la vida social. En ese “gran laboratorio” en el que se convirtieron Buenos Aires y las principales ciudades del litoral pampeano –corazón de las transformaciones económicas y sociales–, la prensa periódica asumió un protagonismo inédito a partir de funciones renovadas. La llamada modernización de la prensa periódica de fines del siglo XIX, que implicó nuevas estrategias económicas, discursivas y políticas por parte de un sector particularmente exitoso de los diarios y revistas, se explica sólo en función de un vínculo estrecho y recíproco con la formación de un público lector que la escolarización, la alfabetización y el crecimiento económico posibilitaban.⁵

El estado liberal de fines de siglo XIX tuvo un papel fundamental en este desarrollo. Existió un firme consenso ideológico entre las elites dirigentes en torno a la importancia de la información popular para el gobierno representativo y el progreso civilizatorio, de allí la firme política de subsidio a la circulación postal de los periódicos. Omnipresente en la vida cotidiana, afirma Lila Caimari, esta modalidad de intervención estatal era virtualmente invisible, no obstante lo deliberado (y costoso) de las políticas que la sustentaban.⁶ Las élites dirigentes invocaron una y otra vez este derecho a la prensa como un indicador del grado de avance alcanzado por el país y como un elemento que legitimaba el orden político.⁷ Desde la derrota de Rosas, la libertad de prensa había sido concebida como necesaria para el desarrollo de una opinión pública capaz de realizar juicios sobre las acciones estatales; de allí que sólo mínimas limitaciones hubieran sido impuestas a este derecho.⁸ En la década de 1880, algunas voces como la de Alberdi consideraron que para atenuar el conflicto político y consolidar el orden y la paz debían imponerse algunos límites a la libertad de prensa, aunque ello no se tradujo en ninguna modificación importante a la legislación.⁹ En la década del novecientos, al calor de la creciente protesta obrera y los progresos del anarquismo, las cosas cambiaron, aunque sólo parcialmente. Si bien los límites de la libertad de expresión a través de la prensa comenzaron a ser puestos en discusión y se decretó en varias ocasiones la suspensión de las garantías constitucionales a través del estado de sitio, con efectos directos sobre la circulación de periódicos, se trató siempre de respuestas excepcionales y provisionales coyunturas críticas puntuales.¹⁰

Los propios socialistas reconocían el marco de garantías que gozaban a fines de siglo para difundir sus ideas, sin duda más generoso que para muchos de sus congéneres europeos. En 1900, Juan B. Justo escribía: “Este es un país libre. Los diarios dicen lo que quieren; los hombres se reúnen y se asocian sin obstáculos; se puede hablar en las plazas públicas; en las

⁵ Claudia Román, “La modernización de la prensa periódica entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 3. El brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

⁶ Lila Caimari, “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910”, en *Estudios sociales del Estado*, Vol. 5, Nº 10, 2º semestre de 2019, p. 143.

⁷ Ariel Yablón, *Patronage, corruption and political culture in Buenos Aires, 1880-1916*, Tesis de Doctorado, University of Illinois at Urbana-Champaign, 2003, pp. 208-215.

⁸ Laura Cucchi y María J. Navajas, “Controles a la prensa en la esfera federal. Debates doctrinarios, legislativos y jurídicos (1862-1890)”, en *Quinto Sol*, Vol. 22, Nº 3, 2018, pp. 1-21.

⁹ Juan B. Alberdi, *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1881, p. 225.

¹⁰ Juan Suriano, *Anarquistas*, p. 185.

calles se pasea cualquier bandera y se entona cualquier himno”.¹¹ Un año antes, el líder local del socialismo había iniciado una empresa periodística ambiciosa (y de corta vida) titulada *El Diario del Pueblo*. A la hora de explicar el nombre escogido, un suelto refería a la situación en Alemania, donde la falta de libertades había obligado a utilizar el término “pueblo” para evadir las restricciones y censuras del Imperio. Pero en Argentina, la tendencia dentro del socialismo a utilizar una nomenclatura centrada en el “pueblo” y “lo popular”, como en el caso del diario de Juan B. Justo, se daba por las razones opuestas.¹² El contexto republicano y la existencia de importantes libertades (civiles, pero también económicas, por las posibilidades que brindaba para los inmigrantes europeos) hacía más difícil para los socialistas de despertar en las mayorías una conciencia de su situación de explotación económica y opresión política, y la consecuente necesidad de encuadrarse en un partido definido por una doctrina social de avanzada. La palabra “pueblo” y “popular”, en este caso, representaba una forma de encubrimiento que facilitaba el acercamiento al universo de referencias de aquellos a quienes las doctrinas socialistas les resultaban indiferentes y ajenas a su realidad.

El orden político consolidado a fines del siglo XIX mostraba aspectos restrictivos y excluyentes, como la manipulación electoral, el control de las candidaturas y la búsqueda de la desmovilización ciudadana, rasgos señalados por la literatura clásica del período. Pero también brindaba oportunidades para el despliegue de formas y dinámicas de participación política popular que lograron desafiar y poner en cuestión la noción de “orden” que los gobiernos del PAN habían instalado desde 1880. En particular, se destacan los movimientos de opinión que tenían origen en el accionar de la prensa y que se trasladaban con mucha frecuencia a la vía pública en manifestaciones callejeras. Como indican los trabajos de Inés Rojkind, los diarios de gran tirada del cambio de siglo hicieron valer su autonomía financiera y su capacidad para llegar al público anónimo de sectores medios y trabajadores de la ciudad con el objetivo de influir en un escenario político marcado por la vuelta de Julio A. Roca a la presidencia en 1898. Presentándose como agentes “independientes” del gobierno y de los partidos, los “grandes diarios” se colocaron como principal factor de oposición al “régimen”, lanzando fuertes denuncias a través de sus páginas y convocando movilizaciones callejeras que alcanzaron significativos niveles de participación.¹³ Además, ante el aumento de la conflictividad laboral, la “gran prensa” colocó la “cuestión obrera” en el debate público mediante críticas a la ausencia de una política laboral.¹⁴

No puede perderse de vista, finalmente, que en el contexto de formación de una oposición durante la primera década del nuevo siglo, la prensa tuvo un papel significativo en la implantación en el debate público de una palabra –oligarquía– que pasó a sintetizar el mal de la política argentina.¹⁵ El diario *La Prensa*, según señalaba Rodolfo Rivarola en 1908, se había destacado en la instrumentación de la noción de “oligarquía” para criticar a una política reducida a un “pacto de conservación entre capitanejos”, es decir, un gobierno personalista

¹¹ Juan B. Justo, “Los nuevos problemas”, *El Tiempo*, 19/7/1900, p. 1.

¹² Dora Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991, p. 32.

¹³ Inés Rojkind, “El diario *La Prensa* en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas”, en *Investigaciones y ensayos*, N° 68, 2° semestre 2019, pp. 55-79, y “El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos”, en *Secuencia*, 2012, núm. 84, pp. 99-123.

¹⁴ Inés Rojkind, “«El malestar obrero». Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos”, en *Travesía*, núm. 10-11, 2008-2009, pp. 15-44.

¹⁵ Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 20; Leandro Losada, “El ‘régimen oligárquico’ y la aristocracia republicana: identidades sociales y proyecciones políticas”, en *Investigaciones y Ensayos*, N° 65, 2017, pp. 135-157.

divorciado de la “grandes inspiraciones del bien público”.¹⁶ Aunque fundado en una retórica del antagonismo, este discurso periodístico facilitaba la ampliación del debate público y la incorporación de nuevos sectores sociales, como pronto descubrieron con amargura los socialistas. Cuando a mediados de los años veinte el vespertino *Crítica* revolucionó el periodismo local y se consagró como la “auténtica voz del pueblo”, se filió con la búsqueda de *La Prensa* en el cambio de siglo por imponer una clave de lectura centrada en la oposición pueblo/oligarquía.

a. La “prensa burguesa” en el cambio de siglo

A fines del siglo XIX el diario *La Prensa* era el principal “otro” periodístico del socialismo argentino. Desde las páginas de *La Vanguardia*, el diario de la familia Paz no era representado como un periódico “elitista”, “aristocrático” y mucho menos “oligárquico”, sino “burgués” y “mercantilista”. El concepto de “prensa burguesa”, en efecto, organizaba la interpretación socialista del mundo periodístico.¹⁷ Por periódico burgués referían los socialistas a un tipo de emprendimiento periodístico que servía a sus propios intereses como empresa capitalista y, por lo tanto, que podía apoyar o confrontar cualquier causa, siempre y cuando ello le permitiera incrementar su tirada y engrosar sus arcas.¹⁸

Los socialistas reconocían la amplia difusión de *La Prensa*, su prosperidad económica fundada en un gran volumen de circulación y en importantes ingresos por venta de avisos, su condición de diario moderno de “informaciones” y sus estrategias de intervención en el debate político. Las menciones a los avisos clasificados de *La Prensa*, por ejemplo, eran constantes en las páginas de *La Vanguardia*, cuyos redactores no tenían problemas en admitir la capacidad del diario para llegar a la población trabajadora. En un año de elevada desocupación como 1897, el órgano socialista publicó relatos de ficción y “grabados de actualidad” que daban a los avisos de oferta y demanda de trabajo de *La Prensa* un rol protagónico.¹⁹ Además, el epíteto de “diario de las adivinas” que utilizaban a menudo los socialistas, refería a los avisos de sonámbulas, espiritistas y curanderas que representaban, según ellos, una de las expresiones de esa labor insidiosa realizada por *La Prensa* sobre el público popular.²⁰ Para Justo, estos avisos eran comparables a los que había visto en su viaje por los Estados Unidos. En su paso por el *midwest*, corazón del movimiento populista y su campaña por la “plata libre” (que Justo aborreció y catalogó de “retrógrada” y “mística”), le habían llegado a sus manos periódicos plagados de avisos que asoció al estado de “atraso intelectual relativo” de la sociedad norteamericana. Como en Estados Unidos, los avisos de *La Prensa* eran la prueba más evidente de la persistencia de la credulidad y la superstición propias de un orden “teológico” o “metafísico”.

Mayor incomodidad causó en los redactores de *La Vanguardia* la construcción del edificio que el diario fundado por José C. Paz inauguró en la Avenida de Mayo en 1898. Si bien no faltaron críticas a la suntuosidad de sus salones, el órgano socialista debió dar cuenta de que allí se ofrecían múltiples servicios destinados a las clases populares, como asistencia médica

¹⁶ Rodolfo Rivarola, “La ‘oligarquía’ según los constituyentes del 53”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año X, tomo XXIX, marzo 1908, p. 504.

¹⁷ Juan Buonuome, “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario *La Vanguardia* y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 46 (2017): 147-179

¹⁸ Guido A. Cartei, “La prensa socialista. ¡Compañeros y trabajadores, ayudadla! La prensa burguesa y la prensa proletaria”, LV, 9/12/1899, p. 1.

¹⁹ Adrián Patroni, “Días sombríos”, LV, 4/9/1897, p. 2. Ver también: “Desde la acera”, LV, 6/11/1897, p. 1.

²⁰ “Notas de la semana”, LV, 16/6/1895: 4; “A nuestros adversarios”, LV, 15/10/1897, p. 1.

y jurídica gratuita, biblioteca pública y salones de actos para conferencias y asambleas.²¹ De hecho, la sección dedicada al movimiento obrero del periódico socialista anunciaba con frecuencia reuniones de sociedades gremiales que se beneficiaban con la hospitalidad de los salones de *La Prensa*.²² Las fustigaciones de *La Vanguardia* se volvían entonces más exaltadas, puesto que aquello que el diario de Paz brindaba no distaba demasiado de lo que sus redactores imaginaban para sí en un futuro cercano. En 1903, la insistente impugnación socialista del rótulo de “Casa del Pueblo” con que solía aludirse al matutino, coincidía con correspondencias enviadas por Adrián Patroni desde Bruselas, en las que describía la “deliciosa impresión” que le había causado su visita a la *Maison du Peuple* de los socialistas belgas, a la que no dudaba en calificar de “palacio”.²³

Algunas de estas preocupaciones aparecieron condensadas en una campaña de denuncias que *La Vanguardia* lanzó en 1903 para dar a conocer el trato que *La Prensa* ofrecía a sus empleados. El objetivo era contrarrestar la propaganda que este matutino venía realizando en torno a la cuestión obrera en un contexto de creciente conflictividad social y laboral. Desde el comienzo de la década, el diario de Paz se había convertido en un propagandista del derecho de los trabajadores a reclamar por una mejora en sus condiciones vida y de trabajo. Durante la segunda mitad de 1901, incluso, llevó a cabo una investigación periodística sobre el mundo del trabajo en Buenos Aires en cuarenta artículos titulados “Los obreros y el trabajo”, cuyo objetivo final fue la elaboración de un informe exhaustivo sobre la situación de las clases populares porteñas para ser presentado al público general y a las autoridades nacionales.²⁴ En el mismo sentido, al estallar la huelga general de finales de 1902, *La Prensa* alzó una voz discordante respecto a un clima de opinión general más bien adverso a la movilización obrera: confrontó con las posturas alarmistas que cristalizarían en la sanción de la Ley de Residencia y denunció los atropellos sufridos por aquellos que eran detenidos y deportados. De este modo, el diario de Paz pretendía diferenciarse no sólo de *La Nación*, que en ocasión de la huelga general de 1902 pasó de una inicial actitud conciliadora a una abierta oposición a la movilización obrera, sino sobre todo de *Tribuna*, vocero del oficialismo, que desde el comienzo rechazó de plano los reclamos obreros poniendo en cambio en el centro de su explicación la intervención de elementos “extraños” que perturbaban el orden social.²⁵

En este contexto, resulta significativo que *La Vanguardia* eludiera cualquier juicio sobre las posturas de *Tribuna*, al tiempo que dedicara sus mayores esfuerzos a rebatir la postura “obrerista” exhibida por *La Prensa*. Procurando impugnar el título de “defensor de los obreros” que se arrogaba el matutino, *La Vanguardia* interpretaba dicha propaganda como un gesto impostado de independencia periodística, tendiente a legitimar su rol de oposición al gobierno:

Le prometemos descubrirle el juego, porque Vd. aprovecha la ignorancia de las masas y les hace una inyección continua de “armonía entre capital y trabajo” desviándolas de su verdadero terreno ó por lo menos pretendiendo tal cosa; valerse de todo el desorden actual y de los sucesos huelguísticos, y hacer su agosto en contra de Roca y compañía, los gobernantes actuales que han perdido el ideal de justicia.²⁶

²¹ “Los milagros y *La Prensa*”, LV, 3/12/1898, p. 1.

²² Por ejemplo: “Liga Internacional de Domésticos”, LV, 21/9/1901, p. 3.

²³ Adrián Patroni, “Por Europa”, LV, 26/9/1903, p. 3.

²⁴ Ricardo González, *Los obreros y el trabajo. Buenos Aires, 1901*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 7.

²⁵ Inés Rojkind, “«El malestar obrero»...”, pp. 37-43.

²⁶ “*La Prensa* y la ley del trabajo”, LV, 2/1/1904, p. 2.

En efecto, la mirada de *La Prensa* sobre la cuestión obrera en el cambio de siglo se alimentaba del discurso opositor al gobierno de Roca. No obstante, en la interpretación de *La Vanguardia*, la “independencia” terminaba por adquirir un sesgo negativo cuando se la asociaba a la búsqueda de lucro material. Los redactores socialistas reconocían en *La Prensa* a la mejor expresión del “periodismo mercantilista” del país y veían en su “obrerismo”, antes que nada, un ardid para aumentar su tirada. Los posicionamientos ideológicos o políticos del diario de Paz eran vistos como derivaciones de una lógica de acumulación empresaria que lo conducía a comportarse como “una veleta que sólo obedece a las variantes del viento”.²⁷

La Vanguardia publicó de manera regular una columna quincenal titulada “*La Prensa* y sus ideales. Su prédica y su práctica”, destinada a denunciar al diario de Paz. La estrategia consistió en “penetrar” en la intimidad del diario para demostrar, con datos brindados por algunos de sus operarios, que allí no reinaba el espíritu de equidad que se predicaba en sus páginas.²⁸ *La Vanguardia* empleaba así el mismo procedimiento que el matutino de Paz había utilizado en sus estudios sobre el mundo del trabajo en 1901, cuando sus reporteros ingresaron a las fábricas, a los talleres y en la intimidad de los hogares obreros, para recoger testimonios directos sobre los hábitos de trabajo y sociabilidad del proletariado urbano. En tono provocativo y con gran nivel de detalle, *La Vanguardia* denunció prácticas de trabajo a destajo, horas extras impagas, días de descanso insuficientes, promesas incumplidas de seguros de jubilación, empeoramiento de las condiciones de higiene y despidos.²⁹ Si bien algunos tipógrafos colaboraban con la campaña de denuncia, *La Vanguardia* debió enfrentar el hecho de que el grueso del plantel de *La Prensa* mantuvo una actitud reticente a su propaganda. A principios de 1904, *La Vanguardia* ya criticaba abiertamente al personal tipográfico de este diario por dar “muestras de una blandura y una inepticia por cierto vergonzosas”.³⁰

b. Un nuevo periodismo popular a comienzos de siglo XX

Si bien formaban parte del mismo proceso de modernización iniciado a fines del siglo XIX por los matutinos “serios” como *La Prensa* y *La Nación*, diarios como *La Argentina*, *La Razón* y, un poco después, *Crítica*, impusieron un nuevo estilo popular y sensacionalista en la estela de las exitosas empresas de Joseph Pulitzer y Alfred Harmsworth. Según mostró Sylvia Saítta, se trató de una prensa moderna, dirigida y escrita por periodistas profesionales que, en poco tiempo, logró diferenciarse del periodismo finisecular. Estos diarios masivos y comerciales se presentaron ante la masa anónima de lectores urbanos como los “verdaderos” representantes de los intereses populares a través de una retórica fundada en la defensa de las clases más humildes.³¹

En un primer momento, se pudo observar una confluencia entre la postura de *La Vanguardia* y el emergente “nuevo periodismo”. Esta coincidencia se manifestaba en ruidosas campañas de denuncias por abusos en asilos religiosos y por malos tratos en los cuarteles durante la segunda mitad de la década de 1900. Al tiempo que buscaba interpelar a un nuevo perfil de lector metropolitano mediante la incorporación de los cables internacionales, los hechos

²⁷ “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 27/6/1903, p. 2.

²⁸ Ricardo González, *op. cit.*, 1984, pp. 17-20.

²⁹ “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 15/8/1903, p. 3; “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 6/9/1903, p. 3; “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 19/9/1903, p. 3; “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 17/10/1903, p. 3.

³⁰ “*La Prensa* y sus ideales”, LV, 13/2/1904, p. 3.

³¹ Sylvia Saítta, “El periodismo popular en los años veinte”, en *Nueva Historia Argentina. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, dirigido por Ricardo Falcón (Buenos Aires: Sudamericana, 2000), 435-471.

diversos y las crónicas teatrales, *La Vanguardia* sostenía una prédica que, aunque remitía a su tradicional antimilitarismo y anticlericalismo, parecía responder menos a rígidos parámetros doctrinarios que a su intento por comulgar con una sensibilidad anti elitista explotada por los nuevos vespertinos.

Durante estas campañas, los redactores de *La Vanguardia* se concibieron como parte de un conjunto de periódicos más amplio, capaz de canalizar lo que calificaban de manera positiva como una “naciente opinión pública popular”, de “manifestaciones impetuosas”, que hacía frente a la “vaciedad y falsía” de la prensa rica.³² A los “grandes diarios”, tildados de clericales vergonzantes, se oponía una “prensa chica” que buscaba “inflamar las pasiones populares”, y agitar las nuevas y grandes cuestiones a que debía atender el país.³³

En 1906, el diario *La Razón* lanzó una campaña de denuncia por los abusos cometidos contra una joven de diecisiete años al interior en un asilo religioso de la capital. El caso adquirió una amplia resonancia pública y constituyó una excelente oportunidad para que el órgano socialista, recientemente modernizado y bajo la dirección de Juan B. Justo, probara su capacidad para competir por la representación de lo popular en la arena periodística. *La Vanguardia*, que calificaba a los asilos y colegios religiosos como “focos de podredumbre moral y física”, recogió y amplió las denuncias realizadas por *La Razón*, reorientando así su tradicional cruzada anticlerical –hasta entonces librada en controversias de carácter doctrinario con periódicos de escasa circulación, como *La Voz de la Iglesia*– a un tipo de interpelación que empleaba las estrategias de la nueva prensa popular vespertina.

En claro contraste con la posición de *La Nación* y *La Prensa*, que primero se mantuvieron en silencio y luego se negaron a dar crédito a las acusaciones, *La Razón* convirtió al hecho en un caso resonante mediante una amplia cobertura periodística. Rápidamente, *La Vanguardia* se sumó a las denuncias, prometiendo hacer luz sobre el escándalo “para que caiga sobre los autores, sino el rigor de la justicia, el anatema del pueblo”.³⁴ En sus crónicas utilizó un tono y un lenguaje que combinaba la amonestación moral, el rigor científico y cierta atmósfera escabrosa asociada a su voluntad por erigirse en “fieles narradores de los sucesos en la forma oscura y tenebrosa que se vienen desarrollando”. Si bien la pretensión de liderar la campaña y obtener revelaciones exclusivas llevó en determinado momento a *La Vanguardia* a cuestionar y desacreditar a *La Razón* como su principal competidor, durante todo el conflicto se mantuvieron las referencias a un movimiento de opinión popular reflejado y potenciado por los diarios.

El otro ejemplo es el que provee la cobertura periodística de la vida y la muerte en los cuarteles militares. Se trataba de los frecuentes episodios en que soldados rasos agredían a sus superiores en respuesta a los abusos y malos tratos de los que eran objeto, lo que daba lugar, a su vez, a la constitución de tribunales castrenses que dictaminaban casi invariablemente el fusilamiento del acusado. El tema de la “delincuencia militar” no refería en estos casos a la intervención política por las armas, sino a las consecuencias, trágicas y cotidianas, del antagonismo de clase al interior del ejército. Reclutados entre los sectores más bajos de la sociedad, de apellidos criollos y provenientes de las zonas más pobres del país, los jóvenes conscriptos reaccionaban una y otra vez contra un amplio repertorio de acciones

³² “El Proceso del Buen Pastor”, *La Vanguardia*, 15 de abril, 1906, 1; “¡¡Imhoff!! Otra canallada como la de Constanzó”, *La Vanguardia*, 17 de abril, 1906, 1; “El Proceso del Buen Pastor” *La Vanguardia*, 18 de abril, 1906, 1.

³³ “Charlas profanas”, *La Vanguardia*, 10 de abril, 1906, 1; “Hipocresía en acción”, *La Vanguardia*, 17 de abril, 1906, 1; “El estado de Rosa Tusso”, *La Vanguardia*, 6 de abril, 1906, 1.

³⁴ “La corrupción de menores”, *La Vanguardia*, 20 de marzo, 1906, 1.

cruels y de castigos injustificados que la llamada profesionalización militar parecía haber perfeccionado.³⁵

El diario *La Argentina*, de gran circulación en los años previos al Centenario, construyó su lugar de diario popular por diferentes vías, entre las que se destacaban sus campañas de denuncias en el ejército. Pocas dudas caben sobre el arraigo popular que tenían las historias de insubordinación y venganza contra la autoridad militar. Desde las últimas décadas del siglo diecinueve, constituían tópicos literarios de amplia circulación, haciéndose presentes en la poesía gauchesca y en las novelas populares protagonizadas por gauchos difundidas en la prensa periódica y en folletos de bajo precio.³⁶

Los socialistas no dejaron pasar la oportunidad y *La Vanguardia* se sumó a partir de 1905 a la agitación en contra de los abusos en el ejército. Como en el resto de la prensa popular, su cobertura no escatimaba en recursos para presentarlos al público, incluso tendiendo puentes con la literatura criollista local. Aunque las historias que publicaba el diario socialista no glorificaban el crimen contra la autoridad, como sí lo hacía el todavía pujante fenómeno del “moreirismo”, había en ellas una voluntad de denuncia y un tono trágico que remedaba a los populares dramas campestres.

Y del mismo modo a lo que sucedía con los abusos en asilos religiosos, las denuncias de malos tratos en el ejército le servían a *La Vanguardia* para reclamar un lugar como defensor de causas “populares”. A pesar de las críticas ocasionales a *La Razón* y *La Argentina*, mantenían con ellos un vínculo cordial y armónico, en el marco de una “opinión pública popular” enfrentada a la “prensa grande”. Al sumarse a las campañas de denuncia sobre abusos en asilos religiosos y en las filas del Ejército los editores de *La Vanguardia* se mostraban audaces y conscientes respecto al tipo de sensibilidad que era necesario explotar para competir por la representación de lo popular en el universo del periodismo moderno, sin que ello significara dejar de lado o contradecir los principios e ideales socialistas. En este sentido, eran claves la recuperación de los tópicos del criollismo popular y cierto regodeo en el escándalo, el sexo y la sangre que recorría sus crónicas periodísticas. Una visión sobre las relaciones de clase, además, que ponía de relieve los aspectos más cotidianos y humanos del conflicto.

No obstante, esta relación no habría de mantenerse inalterada. Aunque el intento de *La Vanguardia* por competir por la representación de lo popular nunca dejó de estar presente, la mirada cordial hacia los actores emergentes del periodismo de principios de siglo pronto mutó en una lectura negativa, marcada por la exclusión y la descalificación.

Los primeros síntomas de este divorcio se hicieron visibles en vísperas del Centenario, a medida que la conflictividad social y obrera se volvió más álgida. La colocación de la cuestión obrera en el centro del debate público hizo más difícil para *La Vanguardia* sentirse parte de una misma zona periodística junto a diarios como *La Razón* y *La Argentina*. Si la voluntad de inscribir su prédica en una “naciente opinión pública popular”, amplia y difusa en términos sociales, había sido operativa para *La Vanguardia* en momentos de su lanzamiento como diario en 1905, la ubicación del conflicto de clase en el primer plano del debate periodístico en vísperas del Centenario obligaba a una interpelación política e ideológica más precisa.

³⁵ Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Vol. 1. Hasta 1943* (Buenos Aires: Emecé, 1998), 85.

³⁶ Prieto, *El discurso criollista. discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Pasada la agitación del Centenario, sin embargo, *La Vanguardia* no retomó su alianza estratégica con el “nuevo periodismo”. En su intento por mostrarse como un periódico defensor de causas “populares” ya no buscó en otros diarios una base de apoyo y legitimación de su propaganda. Por el contrario, emprendió este camino en soledad, tal vez confiado en que se había ganado un lugar en “el concierto de la prensa capitalista” tras la instalación de sus nuevos talleres y del lanzamiento de una edición de ocho páginas desde mediados de 1913, en el marco de una súbita confianza política tras los primeros buenos resultados tras la aplicación de la ley Sáenz Peña.³⁷

2. La era radical

En 1916, la victoria de la fórmula de la Unión Cívica Radical en las elecciones presidenciales dio inicio a un momento fundante en la historia política de nuestro país. Bajo el imperio de un nuevo régimen electoral instituido por la Ley 8.871, sancionada cuatro años antes, las credenciales de la élite tradicional que la señalaban como aquella capaz de conducir al país por las sendas de la civilización y el progreso se mostraron insuficientes para enfrentar a un nuevo criterio de legitimidad que se asentaba en el apoyo de unas mayorías volcadas ahora al ejercicio de sus derechos políticos. Los gobiernos radicales, representantes de esos sectores mayoritarios con cada vez más protagonismo social y político, se sucedieron de modo ininterrumpido hasta el golpe cívico-militar del 6 de septiembre de 1930 y dieron forma a la experiencia democrática más duradera del siglo XX, hasta el proceso que se abrió en 1983. La conciencia del fin del predominio de una política tradicional y elitista, y su reemplazo por un escenario más popular y plebeyo, donde grupos sociales en ascenso resultaban determinantes, ya fuera por el lugar que empezaban a ocupar en los cargos dirigentes o por ser convocados a participar a través de los nuevos mecanismos de la política de masas, contribuyeron a crear una sensación de verdadero cambio de época, percepción que la debacle civilizatoria que produjo Primera Guerra Mundial no hizo más que profundizar.

Esta primera experiencia de democracia ampliada se moduló, a su vez, con procesos económicos y socioculturales que respondían menos a una situación inédita que a la maduración de cambios iniciados en las últimas dos décadas del siglo anterior. El avance de la escolarización y la alfabetización era indudable, como así también la fuerza y masividad que adquirió el mercado de bienes culturales. En los años veinte, la mayor disponibilidad de tiempo libre y una prosperidad económica de impacto en los sectores medios y populares, estimuló la industria de diarios, revistas, libros y folletos de edición barata, el auge teatro de género chico y el cine, y la masificación de espectáculos deportivos como el fútbol y el turf.

Respecto al marco legal de funcionamiento de la prensa no se produjeron novedades relevantes ni debates significativos sobre este asunto durante las décadas de 1910 y 1920.³⁸ Los socialistas siguieron reconociendo, en este sentido, las amplias garantías que ofrecía la Argentina para la libre expresión a través de la prensa. Así lo deja en evidencia su postura respecto en el debate de los años veinte sobre los “excesos” informativos de algunos diarios, en particular, sobre la “explotación periodística del crimen”. Si bien *La Vanguardia* utilizaba una retórica furiosa y hasta grotesca, destinada a señalar los desfallecimientos de la moral pública provocados por la crónica roja de los “pasquines” de la tarde, al mismo tiempo planteaba soluciones moderadas que no involucraban en ningún caso la aplicación del código

³⁷ “Instalación de los nuevos talleres”, *La Vanguardia*, 11 de junio, 1913, 1.

³⁸ Arturo Pellet Lastra, *La libertad de expresión en el Derecho Argentino y Comparado*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1973, p. 159.

penal. *La Vanguardia* desechaba cualquier medida tendiente a acotar los márgenes de la libertad de expresión de la prensa y, en su lugar, proponía como remedio la discreción informativa y la cultura social.³⁹

Un factor que debe considerarse para entender por qué *La Vanguardia* dejó de defender su pertenencia a un conjunto periodístico “popular” en las décadas de 1910 y 1920 se vincula con las evidencias cada vez más palmarias sobre la fortaleza económica y comercial de los nuevos periódicos. En 1906, cuando recién estaban despegando, *La Vanguardia* todavía decía de ellos que eran “pobres en dinero, pero ricos en ideas” para oponerlos a los “grandes diarios” de la mañana.⁴⁰ Pero a partir del Centenario, el nuevo periodismo ya se mostraba afirmado, dando lugar a poderosas empresas: hacia 1914, *La Razón* empleaba a doscientas treinta personas y tenía una tirada que alcanzaba los 80.000 ejemplares diarios, mientras que *La Vanguardia*, tras su modernización, empleaba cincuenta y cinco personas (diecinueve en tareas de redacción) y su tirada rondaba los 20.000 ejemplares.⁴¹

No es casual, entonces, que en las páginas del matutino socialista se informara sobre conflictos entre trabajadores y patrones. En 1917, por ejemplo, se notificaba el conflicto que los vendedores de diarios entablaron con el dueño de *La Razón*, en un contexto crítico para la industria periodística por el aumento del costo del papel. Mientras que la comisión de vendedores había logrado un acuerdo con *La Nación* y *La Prensa*, decidía en cambio convocar a una “huelga” contra *La Razón* dada su decisión de aumentar el precio de venta a los canillitas.⁴² Este conflicto fue tan sólo un anuncio de lo que sucedería dos años después, cuando una huelga produjo la virtual interrupción de la circulación de la prensa diaria y durante la cual se conformó una entidad que aglutinaba a los empresarios gráficos, liderada por los directores de *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*.⁴³ Así pues, los nuevos actores del periodismo diario fueron pareciéndose cada vez más a lo que los socialistas habían identificado a fines del siglo diecinueve como “prensa burguesa”; esto es, periódicos que no sólo se colocaban en defensa de la clase burguesa cuando la combatividad del movimiento obrero provocaba un pico de conflictividad social, sino también –y sobre todo– cuando su exitosa evolución comercial los convertía en empresas que servían, antes que nada, a sus propios intereses económicos.

De todas maneras, durante las décadas de 1910 y 1920, la decodificación socialista del universo de la prensa diaria no se agotó en la confrontación global con una cada más inclusiva categoría de “prensa burguesa” o “prensa rica”. Por el contrario, dentro de este amplio conjunto, los redactores de *La Vanguardia* enfatizaron las diferencias entre los diarios matutinos de tradición decimonónica y aquellos nacidos en el siglo veinte. En un sentido opuesto a lo planteado a fines de la década del novecientos, en el nuevo contexto fueron estos últimos los que provocaron mayor encono en los socialistas, mientras que órganos como *La Prensa* y *La Nación* comenzaron a recibir un tratamiento que, sin dejar de ser negativo, fue mucho más apacible. Los “grandes diarios” del cambio de siglo fueron ahora asociados a

³⁹ “La explotación del delito”, LV, 31/7/1923, p. 2; “La explotación periodística del crimen”, LV, 14/8/1923, p. 1; “Teoría y práctica sobre publicidad del delito”, LV, 5/8/1923, p. 1; “La explotación del delito”, LV, 21/7/1923, p. 1.

⁴⁰ “Hipocresía en acción”, *La Vanguardia*, 17 de abril, 1906, 1.

⁴¹ Alberto Martínez, *Tercer Censo Nacional de la República Argentina. Tomo IX, Instrucción Pública* (Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y cía., 1917), 281-309; Francisco Le Rose y Luis Montmasson, *Guía Periodística Argentina* (Buenos Aires: s/d, 1913), 75.

⁴² “Vendedores de diarios”, *La Vanguardia*, 2 de junio, 1917, 1; “Vendedores de diarios”, *La Vanguardia*, 3 de julio, 1917, 3.

⁴³ María I. Tato y Silvia Badoza, “Cuando Buenos Aires se quedó sin diarios: los conflictos en 1919 en la prensa gráfica argentina”. *Sociohistórica* 19/20 (2006): 113-138.

términos como “prensa seria”, “diarios importantes”, “periódicos de ideas”, “honor periodístico”. En contraste con estos venerables adversarios, una serie de nociones como “prensa amarilla”, “sensacionalismo”, “prensa corruptora y venal”, “pasquines”, marcaron el pulso de la mirada socialista sobre la “prensa burguesa” nacida en el nuevo siglo.

El advenimiento de una era más democrática y popular en la segunda década del siglo veinte impactó en forma directa en las hipótesis socialistas sobre el rol político y social de la prensa periódica, y esto no sólo porque casi todos los actores del “nuevo periodismo” manifestaron su apoyo a la Unión Cívica Radical en el camino que llevó a esta fuerza al triunfo en las elecciones presidenciales de 1916. Además, porque este proceso de democratización abierto con la reforma impulsada por Sáenz Peña implicó una progresiva plebeyización de la vida pública y una legitimación en la esfera pública periodística de ciertos discursos y prácticas de la cultura popular que, según consideraban los socialistas, eran atávicos y atentaban contra la salud física y moral de las familias obreras.

Aunque los primeros ensayos electorales tras la reforma de 1912 habían dado pie al optimismo entre los socialistas respecto al lugar que les correspondería en una democracia ampliada, las elecciones de 1916 los enfrentaron a una dura realidad. No sólo por el triunfo de una facción de la “política criolla” (los radicales) a nivel nacional, sino por la aún más dolorosa derrota del PS en la capital, ya que entendían que este distrito debía favorecerlos dado el superior grado de educación y cultura que le atribuían al electorado porteño.

En octubre de 1915, *La Vanguardia* había ofrecido una caracterización del estilo del resto de las fuerzas políticas, señalando que se trataba de facciones que apenas necesitaban de la tribuna pública ya que convocaban y convencían a sus votantes en otros ámbitos, como corralones, tabernas, garitos y prostíbulos.⁴⁴ Aunque remitía al tipo de crítica que tradicionalmente habían hecho los socialistas al conjunto de la “política criolla”, la referencia estaba dirigida en particular al radicalismo, dado que esta fuerza carecía de una tribuna periodística oficial. Algo similar había planteado un par de años antes Juan B. Justo, al acusar a sus principales enemigos políticos de no conocer más recursos que los anteriores a la invención a la imprenta.⁴⁵ Recién en diciembre de 1915 apareció *La Época* que actuó como vocero del radicalismo hasta 1930. Pero mientras tanto, el radicalismo contó con el apoyo de los nuevos y pujantes actores del mapa periodístico. Fue el caso de *La Razón* que, desde su aparición en 1905, no había escondido su preferencia por el radicalismo. En vísperas de las elecciones de 1916, este vespertino refrendaba la estrategia discursiva del radicalismo consistente en mostrarse como una fuerza defensora de las demandas populares y, a la vez, identificada con el conjunto de la nación.⁴⁶ En términos de *La Razón*, se trataba de interpelar y orientar a las “masas desplazadas”, fomentando al mismo tiempo “una nacionalidad firme y fuerte, con caracteres precisos y absolutos”.⁴⁷

Una vez conocidos los resultados de los comicios que llevaron a Yrigoyen a la presidencia, *La Vanguardia* ensayó una explicación de la derrota en la que no faltaba la mención al papel del periodismo. Si los socialistas debían abrirse paso “entre la densa sombra de la ignorancia popular”, uno de los rasgos de barbarie más difíciles de desterrar era el odio al extranjero o patrioterismo violento, sentimiento fomentado contra los miembros del PS en campañas orquestadas por la “maldad de la prensa burguesa”.⁴⁸ Aunque el artículo no mencionaba a ningún periódico en particular, la referencia en una columna contigua a *La Razón* como un

⁴⁴ “Las facciones”, *La Vanguardia*, 23 de octubre, 1915, 1.

⁴⁵ Justo, “Un día fausto”, *La Vanguardia*, 1 de julio, 1913, 1.

⁴⁶ Joel Horowitz, *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

⁴⁷ “Espíritu nuevo”, *La Razón*, 30 de marzo, 1916. Citado en Saítta, “El periodismo popular..”, pp. 460-461.

⁴⁸ “Socialismo y civilización”, *La Vanguardia*, 10 de abril, 1916, p. 1.

“diario radicalizante” indica de dónde provenían las mayores preocupaciones de los socialistas sobre el rol político que asumían los principales órganos de la prensa periódica en la nueva etapa que se abría para el país.⁴⁹

Con todo, no se trataba sólo ni principalmente de las opiniones políticas que el “nuevo periodismo” manifestaba en forma explícita. Al fin de cuentas, eran expresiones de apoyo visibles en épocas electorales pero que no implicaban un vínculo orgánico, en este caso, con el radicalismo. Como ya fue explicado, la prensa periódica de nuevo tipo se definía, en gran medida, por una relativa autonomía respecto al sistema político y una legitimación por vía del mercado. En este sentido, la mayor preocupación de los socialistas era la capacidad de estos diarios para establecer una estrecha ligazón con la cultura de las clases populares, su sintonía con el lenguaje y las prácticas de una población cuyo bajo grado de conciencia de sus propios intereses y necesidades –siempre en términos de *La Vanguardia*– los volvía más indefensos a la manipulación política y a la explotación económica. El mayor peligro del “nuevo periodismo” no era entonces su simpatía por una u otra fuerza, sino su cotidiana labor de refuerzo de aquellas dimensiones de la vida de las mayorías que impedían su “esclarecimiento”. Se trataba, a los ojos de los socialistas, de un problema político, pero que no se vinculaba a la interpelación político-partidaria de los periódicos, sino a la función “corruptora y embrutecedora” que se desplegaba, por ejemplo, en las páginas dedicadas al juego, al turf y a la “crónica roja”. Resulta iluminador que la “lista negra” de la prensa confeccionada por los socialistas en esta nueva etapa estuviera encabezada por *Crítica*, el diario que mayor éxito comercial alcanzó utilizando este tipo de estrategias, pero cuyos posicionamientos políticos no resultaban tan disruptivos: por una parte, fue el único de los actores del “nuevo periodismo” que, desde su aparición en 1913 hasta el fin del período, se mostró como un duro opositor al radicalismo (excepto en el período que va de mediados de 1926 a mediados de 1928, cuando se mostró favorable al yrigoyenismo); por otra parte, aunque en sus primeros años *Crítica* impugnó la prédica “disolvente” y “antipatriótica” de los socialistas, ello cambió en los años centrales de la década del veinte, cuando expresó su apoyo a las listas presentadas por el PS.⁵⁰

a. ¡Guerra a Crítica!

Con todo, *Crítica* representó para los socialistas todo lo malo que podía esperarse de la prensa en este período. “Pasquín abyecto”, “policíacocarnicero”, “carrerista”, “propagandista del millón”, “chacal”, “anarchochantajista”, “cloaca máxima de la hez del periodismo”, “expresión acabada del periodismo de presa”, “hampa periodístico”, “órgano de los nenes de Sierra Chica”: estos fueron sólo algunos de los calificativos utilizados en *La Vanguardia* para describir al exitoso vespertino. Aunque la muestra no agota el arsenal de insultos empleados contra *Crítica*, tan cáustico y virulento como el estilo que hizo famoso al diario de Botana, indica de todos modos que su asociación con el submundo del juego, el crimen y la corrupción policial generaba para los redactores de *La Vanguardia* una ansiedad que dejaba en un segundo plano cualquier preocupación en torno a sus preferencias político-electorales.

Fundado en 1913 por el periodista uruguayo Natalio Botana, este vespertino tuvo un impacto difícil de exagerar en el desarrollo del periodismo argentino, en particular en la década del veinte, cuando alcanzó su mayor esplendor. Según Sylvia Saítta, *Crítica* consagró un modelo de periodismo masivo y comercial, inaugurando una fase de modernización que conllevó una

⁴⁹ “Notas sueltas”, *La Vanguardia*, 10 de abril, 1916, p. 1.

⁵⁰ Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 221-247.

profunda renovación tecnológica y la incorporación de nuevos formatos y géneros.⁵¹ Tuvo su edad dorada en la década del veinte, cuando corrió su foco de los temas políticos y se volcó en forma decisiva a atraer al gran público anónimo de la ciudad construyendo una imagen de sí mismo como una verdadera “voz del pueblo”. En esta búsqueda *Crítica* llevó al paroxismo un estilo de comunicación íntima y directa con el lector, a la vez que tensó hasta el límite un discurso que oponía la autenticidad del mundo de los pobres y desheredados a la prepotencia de las clases propietarias y los agentes del estado. Desde su cobertura de los espectáculos deportivos y su seguimiento del teatro “chico” y el cine de Hollywood, pasando por sus sanguinolentas crónicas del delito y su incorporación del imaginario tanguero en su versión más rea y prostibularia, hasta las enjundiosas campañas de denuncia contra los abusos de la policía y la administración de justicia contra los presos, *Crítica* pretendió entrar en el “alma del pueblo”. En esta nueva etapa, su tirada se disparó y no sólo superó a *La Razón*, sino que la brecha que lo separaba de los principales matutinos desapareció. Hacia el final de la década, *Crítica* y *La Prensa* compartían el primer puesto en la preferencia de los lectores, con tiradas que promediaban 270.000 ejemplares diarios.⁵²

La apuesta de *Crítica* en los años veinte fue acompañada por un estilo zigzagueante e impredecible de intervención política, que tramó una historia de encuentros y desencuentros con el socialismo. En la década de 1910, el registro conservador del vespertino se había traducido en una impugnación del Partido Socialista, al que calificaba como un conglomerado de extranjeros advenedizos que difundían ideas disolventes y antipatrióticas. Pero tras el vuelco de *Crítica* a principios de los años veinte, el socialismo fue reinterpretado. Primero, como una opción aceptable para hacer frente al yrigoyenismo: en las elecciones de 1922 y 1924, aunque manifestó sus simpatías por el Partido Demócrata Progresista (al que había denostado en la década previa), convocó al electorado de la capital a votar por el socialismo, por ver en éste a la única fuerza con posibilidades de vencer al sector que respondía al presidente saliente. Y en las elecciones de marzo de 1926, *Crítica* dio un paso más y su apoyo al socialismo ya no fue presentado como parte de un cálculo electoral, sino como el fruto de una coincidencia ideológica plena. Defendió a esta fuerza por considerar que ella había sido difundida “en el alma popular y en las vanguardias juveniles” gracias a su “evidente izquierdismo y su política de verdad condenatoria de toda injusticia”.⁵³

Pero al mismo tiempo que se producía esta muestra de simpatía, un conflicto estalló al interior de los talleres de *Crítica* en el que tuvo una participación decisiva la socialista Federación Gráfica Bonaerense. En los meses siguientes, la agudización de este conflicto, que incluyó un boicot al diario de Botana, tuvo consecuencias no sólo en el vínculo de *Crítica* con los socialistas, sino también en la dinámica interna del propio partido. El vespertino hizo públicas sus desavenencias con una fuerza política a la que ahora consideraba “aburguesada”, y a la que retiró su aval para las elecciones de noviembre de 1926. Además, se propuso explotar la fuerte disputa interna que venía gestándose en su interior desde comienzos de la década y que derivó en la mayor división en la historia del partido.

Desde el punto de vista de *La Vanguardia* y los socialistas, la sincronía entre el apoyo de *Crítica* para las elecciones de marzo de 1926 y el inicio del conflicto no parece ser una mera casualidad. En este sentido, podría pensarse que el inicio de la agitación de la Federación Gráfica Bonaerense en marzo de 1926 fue una reacción del socialismo ante la incomodidad que le generaba el apoyo “sincero” de *Crítica* a sus candidatos. Pero esta explicación no se

⁵¹ Sylvia Saítta, *Regueros de tinta...*

⁵² Francisco A. Le Rose, *Guía Periodística Argentina y de las repúblicas latinoamericanas*, Buenos Aires, 1930, p. 27; Saítta, *Regueros de tinta...*, p. 246.

⁵³ “El éxito de las notas políticas de *Crítica*”, *Crítica*, 2/4/1926. Citado en Saítta, *Regueros de tinta...*, p. 223.

condice con el tipo de argumentación utilizado por quienes lideraron la confrontación. A la hora de dar cuenta de la naturaleza de su enemigo los socialistas insistieron en denunciar – además de su “falso obrerismo”– aspectos vinculados a su supuesta falta ética periodística: sus prácticas de chantaje, sus vinculaciones con el juego, su explotación de la pornografía y el crimen, su labor de corrupción de la familia, los jóvenes y los niños. Todas estas impugnaciones se ligaban menos a posicionamientos partidarios en coyunturas electorales que a zonas permanentes de la intervención periodística de *Crítica* que los socialistas concebían como un terreno en disputa.

b. La “plaga” del juego

La vinculación que los redactores de *La Vanguardia* establecieron entre la prédica de los vespertinos y el auge del juego ilustra bien este punto. Desde una postura de radical prohibicionismo, el órgano socialista se embarcó en una serie de denuncias sobre el rol que tenían los periódicos de la tarde en la difusión de la “plaga del juego”, que iban de la simple publicación de los resultados de la lotería y las carreras a la supuesta participación del dueño de *Crítica* en el negocio de los casinos.⁵⁴ El objetivo era llamar la atención sobre la magnitud del daño que el juego hacía a la cultura del trabajo, a las prácticas políticas y a la estabilidad de la institución familiar.⁵⁵ En buena medida, las ansiedades que provocaba el juego entre los socialistas pueden vincularse a la sintonía que existía entre su discurso y el universo de pautas y valores mesocráticos que en los años posteriores al Centenario se constituyeron en el centro de las referencias sociales y culturales.⁵⁶ Así, las denuncias de los vínculos entre la prensa vespertina y el juego permiten observar la fuerza que había ganado en el discurso socialista una representación de lo popular sostenida sobre la defensa de precisos estándares de respetabilidad, esfuerzo individual y moral familiar, una tesitura que difería radicalmente de los sentidos plebeyos de lo popular explotados por el más exitoso de los vespertinos. Por lo tanto, a diferencia de lo sucedido en la primera década del siglo, cuando *La Vanguardia* buscó mimetizarse con la emergente sensibilidad populista del periodismo porteño, para los años veinte, su esfuerzo por monopolizar la interpelación popular en el campo periodístico terminó en un conflicto abierto con el principal representante de este universo.

La Vanguardia colocaba su campaña contra el juego en coincidencia con lo planteado por *La Prensa* y *La Nación*. Es cierto que nunca dejaba de lanzar críticas a las posturas de los principales matutinos: les cuestionaba, por ejemplo, que enfrentaran al “agio del billete de la lotería”, pero no así al “agio del oro” que depreciaba el valor de la moneda con que se pagaban los salarios. O bien, que combatieran los juegos de azar entre las clases populares pero que no cuestionaran los juegos “entre caballeros”, ni las carreras del Jockey Club, ni la lotería oficial que derivaba dinero para las congregaciones católicas. Pero aun así, no dejaba de reconocer la “vigorosa y pertinente” campaña de *La Prensa* contra el incremento de los juegos de azar.⁵⁷

Su principal batalla periodística en relación al juego estaba dirigida a la prensa de la tarde. El problema radicaba en la enorme y detallada publicidad que las distintas formas del juego

⁵⁴ “El elogio del juego. ¿Debe ser esa la misión de la prensa?”, *La Vanguardia*, 13 de noviembre, 1922, 1; “Los policías delincuentes, en la picota”, *La Vanguardia*, 12 de mayo, 1927, 1.

⁵⁵ Ana Cecchi, *La timba como rito de pasaje. La narrativa del juego en la construcción de la modernidad porteña (Buenos Aires, 1900-1935)*, Buenos Aires, Teseo/Biblioteca Nacional, 2012, pp. 83-84; Roy Hora, *Historia del turf en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, pp. 245-247.

⁵⁶ Roy Hora y Leandro Losada, “Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación”. *Desarrollo Económico*, N° 200, 2010, pp. 611-630.

⁵⁷ “Oposición platónica al juego”, LV, 9/6/1927, p. 1.

recibían en sus páginas. Y una buena parte de las víctimas de esta nefasta influencia, daban a entender los socialistas, podían encontrarse entre las clases medias. En 1924, por ejemplo, *La Vanguardia* consideraba que una de las razones que explicaban que todos los días cientos de comerciantes, abogados, médicos, ingenieros, militares y empleados cruzaran el Río de la Plata para jugar a la ruleta en Colonia, era la “publicidad delincuente” que, en forma de avisos y caricaturas, hacía la “prensa venal” de este emporio del vicio.⁵⁸ Por otra parte, si los niños en las escuelas jugaban a las quinielas clandestinas, era porque leían en los vespertinos los resultados de la lotería oficial.⁵⁹ Prohibiendo la publicidad, planteaban los socialistas, se atacaría de raíz el problema. Y aclaraba: “La libertad de prensa no tiene nada que ver con la propaganda del vicio”.⁶⁰

Además de cuestionar la publicidad del juego, los socialistas denunciaban el elogio y la defensa explícita del terrible vicio. En un momento de creciente impugnación moral hacia el juego difundido en un sector importante de la prensa, *La Vanguardia* atacaba la “incitación directa y desembozada” que desplegaba *Crítica*. En el caso de las carreras, por ejemplo, no se trataba sólo de la información que brindaba, ya que en las crónicas de Last Reason y en las caricaturas del Mono Taborda se ensayaba una mirada plenamente identificada con estas formas de entretenimiento popular y contra cualquier limitación moral o política. Desde *Crítica* se rompía una lanza a favor de la lotería y las carreras enalteciéndolas con un halo intelectual o “filosófico” y considerando que cualquier concepto de moralidad o inmoralidad aplicado al tema distaba de ser definitivo.⁶¹

La principal derivación política de la campaña de *La Vanguardia* contra el juego fue el conflicto en torno al pedido de intervención a la provincia de Buenos Aires presentado por los socialistas en marzo de 1927. La iniciativa surgió del entonces senador Juan B. Justo, cuyo propósito era impedir las nuevas concesiones de casinos decretadas por el gobierno provincial unos meses antes. Adolfo Dickmann se encargó de justificar la iniciativa ante la Cámara de Diputados de la Nación: calificó al juego como “una terrible plaga que amenaza con disolver la moralidad, el bien y las buenas costumbres del pueblo de la república”, e insistió en la significación directamente política del asunto, al vincularlo con el financiamiento del radicalismo personalista. El hecho causó sensación porque los socialistas, que hasta entonces se habían opuesto a este tipo de medidas, se exponían ahora a ser vistos como parte integrante de un “contubernio” opositor junto con conservadores y antipersonalistas.⁶² Este fue el caso de *Crítica*: cuando en mayo de 1927 Yrigoyen respondió al desafío socialista prohibiendo todos los casinos, hipódromos y loterías en el territorio de la provincia –lo que le permitió mantener su control sobre su principal baluarte político–, el diario de Botana presionó a los socialistas para que retiraran el pedido de intervención, argumentando que si no lo hacían, dejarían en evidencia que su intención última se explicaba por su incorporación al “contubernio”.⁶³ El Partido Socialista finalmente tomó este camino, pero la historia del conflicto entre *La Vanguardia* y *Crítica* en los años veinte todavía tenía un capítulo más que ofrecer.

El 4 de junio *Crítica* dio a conocer primero que nadie la carta completa con las acusaciones de autoritarismo que el diputado socialista Raúl Carballo lanzó contra la dirección de su propio partido por el modo en que había sido manejado el asunto de la intervención de

⁵⁸ “Un garito internacional: La colonia”, LV, 8/4/1923, p. 1.

⁵⁹ “El triunfo de la quiniela sobre el billete”, LV, 21/3/1923, p. 1.

⁶⁰ “Un garito internacional: La colonia”, LV, 8/4/1923, p. 1.

⁶¹ “El elogio del juego. ¿Debe ser esa la misión de la prensa?”, LV, 13/11/1922, p. 1.

⁶² Joaquín Coca, *El Contubernio. Memorias de un diputado obrero*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2010, pp. 145-149.

⁶³ “La campaña socialista contra el juego”, LV, 27/5/1927, p. 1.

Buenos Aires. Como esta cuestión ocupaba un lugar central en el debate público, la denuncia corrió como un reguero de pólvora entre los principales diarios. *La Razón* no desaprovechó la oportunidad de criticar la “dictadura” ejercida por la dirección del partido a través de “su” periódico que, según planteaba, “nunca fue órgano del Partido, sino vehículo incondicional de las ideas y apoyo servil de los propósitos de los jefes supremos del socialismo”.⁶⁴ Días después, una nueva carta de Carballo apareció en *Crítica*, en la que el diputado retomaba sus acusaciones y agradecía “a la prensa en general que, sin distinción de ninguna especie, ha dado cabida integra a mi carta cosa que *La Vanguardia* no ha querido hacer”.⁶⁵ Finalmente, en la edición de *Crítica* del 1º de julio se dio el listado de los socialistas que habían firmado un manifiesto contra la “dictadura interna”, que terminó por precipitar el “cisma”.⁶⁶

Se trataba del núcleo de dirigentes alineado detrás de la figura de Antonio De Tomaso y que desde principios de los años veinte se venía enfrentado con el sector del partido identificado con Justo y Repetto por razones de estrategia política, orientación ideológica, pertenencia generacional e historia personal.⁶⁷ En la coyuntura de mediados de 1927, el diario de Botana explotó las disputas internas y atacó en modo frontal a la dirección del partido. Habló con frecuencia de la “familia socialista” o de la “familia justista”, pero no sólo para referirse a la existencia de un núcleo pequeño de dirigentes que tomaban decisiones a espaldas de la mayoría de los afiliados. Se trataba de mucho más que una metáfora ya que, como insinuaba *Crítica*, los principales líderes del partido estaban unidos por lazos de parentesco. La pelea entre Repetto y De Tomaso, incluso, tenía visos de un conflicto familiar. Era un costado de la rivalidad que difícilmente *Crítica* podía dejar de explotar en el marco de su disputa con los socialistas “viejos”. De hecho, unos meses más tarde, *Libertad!* –el flamante vocero del Partido Socialista Independiente, que contaba con el apoyo periodístico y se imprimía en los talleres de *Crítica*– retomaría este tono al acusar a la dirección justista de ser manejada por las mujeres, en un suelto que anunciaba la aparición de una versión de *The merry wives of Windsor* titulada *Las alegres comadres de Chertkoffia*. El uso de la figura de la familia para criticar a los socialistas ponía de manifiesto aquello que distinguía a *La Vanguardia* en sus formas de construir una interpelación popular. Las críticas al socialismo como una “familia” de “pequeños burgueses”, con automóviles de lujo pero sometidos a sus mujeres, no sólo volvían sobre aspectos muy criticados de ese grupo dirigente, sino que además eran la contracara de los cuestionamientos de *La Vanguardia* a *Crítica* por envenenar a los hijos de la clase media y disolver la familia por medio de la divulgación del juego y la crónica roja.⁶⁸

⁶⁴ Citado en: “El caso de *La Razón*”, LV, 19/6/1927, p. 1.

⁶⁵ Transcripto en “El diputado Carballo está inhabilitado moralmente para ocupar una banca parlamentaria en representación del Partido Socialista”. LV, 16/6/1927, p. 1 y “Celebró anoche su última sesión el V Congreso ordinario de la F. Socialista de la Capital”, LV, 30/6/1927, p. 1.

⁶⁶ “Dos manifiestos inconcebibles”, LV, 2/7/1927, p. 1.

⁶⁷ Ricardo Martínez Mazzola, “Entre la autonomía y la voluntad de poder. El proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires y la ruptura del Partido Socialista en 1927”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 28, 2011, pp. 75-105; Leticia Prislei, “Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 219-248; Horacio Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981; Richard Walter, “Schism: 1927-1930”, en *The Socialist Party of Argentina: 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies, The University of Texas Press, 1979, pp. 205-226.

⁶⁸ “Los socialistas, pequeños burgueses”, *Crítica*, 30/10/1926, citado en Sylvia Saítta, *op. cit.*, 1998, p. 229.

3. Los años treinta

El golpe cívico-militar de 1930 que derrocó a Yrigoyen interrumpió el proceso democrático iniciado en 1916, pero no significó la desaparición de los debates y dilemas políticos que había suscitado el experimento inaugurado por la ley Sáenz Peña. Después de una aventura de escasa suerte liderada por el General Uriburu, tendiente a transformar la Constitución en el sentido de un sistema corporativista, a partir de 1932 se construyó un orden político basado en la vigencia de la Constitución pero aquejado por una tensión irresoluble entre reproducción y legitimación del poder: el gobierno de la Concordancia se sostenía sobre valores liberal republicanos que sistemáticamente contradecía en la práctica. El proceso político estuvo sujeto a cambios durante este período, fruto de situaciones locales (por ejemplo, el fin de la abstención radical en 1935), como por procesos internacionales (la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial). La situación mundial, de hecho, fue ganando peso como tema de agenda, y con ella, la clave de lectura que oponía democracia y autoritarismo. En particular, la Guerra Civil Española brindó un momento de polarización ideológica, aunque ello no se expresó en alianzas político-partidarias duraderas, dadas las divisiones que se observaban al interior de los hipotéticos frente popular (a la izquierda) y frente nacional (hacia la derecha). Factores como el protagonismo político de las Fuerzas Armadas, el ascenso de intelectuales nacionalistas a posiciones importantes en la gestión estatal de la cultura y el crecimiento exponencial del despliegue público del catolicismo arrinconaron al liberalismo como lenguaje político dominante. De todas maneras, las estructuras liberal republicanas basadas en la Constitución de 1853 mostraron una singular capacidad de adaptación y pervivencia durante los años treinta.

Esta “república imposible” conllevó cambios significativos en las relaciones entre el estado, la prensa y los principales actores políticos. En un contexto de proscripciones políticas, abstenciones y fraude electoral, se expandió la regulación estatal sobre el periodismo escrito.⁶⁹ La sanción del estado de sitio y su extensión en el tiempo marcó una diferencia con las décadas anteriores, como también lo haría una iniciativa parlamentaria del Senador Matías Sánchez Sorondo en 1934 y un decreto del presidente Justo en 1935. Según plantea James Cane, estas iniciativas, aunque fracasadas, revelan las tensiones entre un ambiente ideológico caracterizado por un creciente consenso respecto de los beneficios de la acción estatal, y el funcionamiento de una prensa comercial cuyas bases legales, ideología profesional y legitimidad pública había descansado por largo tiempo en posturas liberales orientadas a limitar esa acción.

Para un arco amplio de sectores de izquierda y liberales dentro del cual el socialismo tuvo una activa participación, la prensa fue una práctica central y, al mismo tiempo, un símbolo de la lucha por defender la legalidad constitucional y la pluralidad ideológica en el debate público. Desde el prisma antifascista que los socialistas comenzaron a utilizar a fines de los treinta para dar cuenta del contexto restrictivo para la actividad opositora, la defensa de la libertad de prensa emergió como un objetivo central, lo cual potenció el elemento democrático-liberal dentro de su tradición política y los hizo más atractivos al electorado de clase media.⁷⁰

⁶⁹ James Cane, *The Fourth Enemy...*, pp. 59-88.

⁷⁰ Andrés Bisso, “De Acción Argentina a la Unión Democrática. El civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del socialismo argentino”, en *Prismas*, N° 6, 2002, pp. 257-264; Ricardo Pasolini, “Scribere in eos qui possunt proscribere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, en *Prismas*, N° 12, 2008, pp. 87-108.

Al mismo tiempo, hubo cambios importantes en las visiones sobre el rol del periodismo, que se reflejaron en los conflictos que rodearon el proceso de consolidación institucional de la actividad. En particular, debe mencionarse la creciente división de clase, estimulada por iniciativas parlamentarias favorables a reconocer los derechos de los trabajadores de prensa que el tradicional Círculo de la Prensa, controlado por los propietarios, no consideraba legítimas, por darle la espalda a la noción del periodismo como una misión.

Por otra parte, en esta década se profundizan algunos procesos sociales y culturales de las décadas previas que impactaron de lleno en el rol de la prensa. En un enriquecido mapa de consumos culturales, la prensa potenció al cine, la radio y los espectáculos deportivos como catalizadores de valores e identidades sociales en disputa.⁷¹ Los periódicos, en efecto, proyectaron y reelaboraron imágenes sobre los cambios sociales y culturales que se operaban desde comienzos de siglo, como la argentinización de las clases populares, los altos índices de movilidad social y consolidación de la cultura de clases medias como modelo de referencia social. A ellos, además, vinieron a sumarse a partir de los años treinta los efectos (no demasiado duraderos) de la crisis económica, las migraciones internas, una mayor conflictividad laboral, mayor inestabilidad, violencia y una creciente preocupación por el orden social. En este contexto, *La Vanguardia* intentó un nuevo paso en su proceso de ajuste a las formas del periodismo matutino más moderno y exitoso, incorporando herramientas técnicas y profesionales para mejorar la cantidad y calidad de sus servicios informativos. Con un plantel de redactores cada vez más especializado, el diario socialista prestó atención a diversos fenómenos socioculturales de gran alcance en este período, como la nacionalización de los espectáculos deportivos, la construcción de ídolos populares, la americanización de los consumos, la persistente circulación de tópicos criollistas y la conformación de una nueva moral familiar.

El socialismo argentino mostró en este período un marcado acercamiento a la prensa popular porteña. Ello puede observarse a partir de dos fenómenos. El primero es la irrupción de los debates suscitados en estos años sobre la libertad de prensa y sobre el rol del periodismo, que sentaron las bases para un sorprendente entendimiento del socialismo respecto al conjunto de la prensa, amenazada por el avance de la intervención y la regulación estatal. El segundo factor se vincula con la postura hacia la izquierda que mostraron *Crítica* y *Noticias Gráficas* en el contexto de polarización ideológica producida durante el transcurso de la Guerra Civil Española y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

a. La prensa como símbolo y práctica de la libertad

Una semana después del derrocamiento de Yrigoyen, *La Vanguardia* denunció un ataque a la libertad de prensa con motivo de la clausura de *La Protesta*, el decano de la prensa ácrata porteña, por la publicación de artículos sobre la situación creada por los recientes acontecimientos.⁷² En un suelto de tapa, defendió las libertades consagradas por la Constitución, como la de expresar ideas y formular el juicio que merezcan los actos del gobierno y de sus funcionarios. Apoyaba esta pretensión en la acordada de la Corte Suprema que, un día antes, había reconocido al gobierno de facto pero que, al mismo tiempo, había asegurado las garantías constitucionales propias de un estado de derecho. De allí que no

⁷¹ Matthew Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013; Aníbal Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano, *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985.

⁷² “La clausura de *La Protesta*”, LV, 13/9/1930, p. 1.

hubiera razones, según el suelto, para que la justicia no las hiciera regir en las mismas condiciones y con el mismo alcance.

Un año más tarde, los socialistas vivieron la clausura en carne propia. El 22 de julio el gobierno decidió la clausura de *La Vanguardia* y el encarcelamiento de su director, Américo Ghioldi, y tres miembros del Comité Ejecutivo del Partido, Mario Bravo, Nicolás Repetto y Enrique Dickmann. El cierre duró sólo unos días: el 27 de julio recobraron su libertad los detenidos, y se levantó la clausura del diario, después de empeñosas gestiones. Como se les manifestara a los presos al devolverseles la libertad, sólo se permitiría la aparición de *La Vanguardia* a condición de no ocuparse de los actos del gobierno provisional y con la prevención de ser confinados los miembros de la Comisión de Prensa en la Tierra del Fuego y clausurar definitivamente el diario y la Casa del Pueblo en caso contrario. El 29 de julio de 1931 reapareció *La Vanguardia*.⁷³

Las clausuras de periódicos no se restringían al universo de izquierdas. Dos meses antes, *Crítica* había pasado por un proceso similar. La relación entre el vespertino y el gobierno de Uriburu no había sido buena desde el comienzo, pero fue empeorando con el tiempo, hasta que una nota crítica de Antonio De Tomaso terminó por colmar el vaso y provocó la suspensión de *Crítica*, con amenazas de volver permanente la clausura. Tres semanas después, *Crítica* fue clausurada nuevamente por tiempo indeterminado. Botana y su mujer fueron encarcelados, para exiliarse tres meses después en la naciente república española. Sin embargo, la propiedad del diario quedó en manos de Federico Pinedo y Antonio De Tomaso, quienes acompañaban políticamente al General Justo. Esta situación no tuvo nada de excepcional: en los años treinta, la prensa popular se vio involucrada en una trama legal, financiera y política inédita. Si *Crítica* logró subsistir el embate de Uriburu y Sánchez Sorondo gracias a la rápida intervención de Justo y los líderes del socialismo independiente, *La Razón* recuperó parte del brillo perdido en los años anteriores con un discurso dirigido a las clases medias orientadas a la derecha del espectro ideológico, y con la inestimable ayuda financiera brindada por Federico Pinedo a través del recién creado Banco Central.⁷⁴

Los socialistas habían llamado la atención sobre este tipo de vínculos entre la industria periodística y el poder político en los años veinte. El propio Juan B. Justo había denunciado en la Cámara de Senadores los lazos pecuniarios entre *Crítica* y el Banco Nación, acompañando, en ese momento, una campaña “de higiene social” contra el chantaje periodístico liderada por los grandes matutinos *La Prensa* y *La Nación*.⁷⁵ Pero en los años treinta, esta cuestión no representó una preocupación para los socialistas, que corrieron del foco de atención de los peligros de la “prensa burguesa” para la democracia. Ahora era el estado el que aparecía como una amenaza.

Así, cuando a mediados de la década se produjo un nuevo capítulo en el enfrentamiento entre *Crítica* y el ahora senador Matías Sánchez Sorondo, los socialistas levantaron su voz para

⁷³ XXI Congreso Ordinario del Partido Socialista, 25, 26, 27 y 28 de mayo de 1932, *Capital Federal*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1932

⁷⁴ James Cane, *The Fourth Enemy*, pp. 61-72.

⁷⁵ Según el líder socialista, los abultados créditos recibidos por Natalio Botana permitían a la entidad bancaria resguardarse de sus ataques periodísticos. Unos meses después, ante las denuncias que señalaban una tentativa de chantaje del diario *Crítica* a la casa *Gath & Chaves*, el diario *La Nación* encabezó una campaña en la cual convocó a diferentes sectores de la producción, la industria y el comercio para buscar la forma más adecuada de reprimir dichas prácticas. Aunque los socialistas plantearon críticas a la iniciativa, no dejaron de señalar que “participamos sinceramente del sentimiento de repudio que mueve a la prensa en esta campaña de higiene social”. “Una querrela. No hay que hablar mal de los Bancos oficiales”, LV, 7/11/1924, p. 1; “Los ‘negocios’ del Banco de la Nación”, LV, 28/11/1924, pp. 1-2; “Periodismo abyecto”, LV, 29/6/1925, p. 2; “Mesa Revuelta”, LV, 13/9/1925, p. 1; “La misión de la prensa honesta”, LV, 14/9/1925, p. 1.

defender al vespertino. El oficialismo velado de *Crítica* no le impedía recibir críticas y ataques por parte de un sector de la alianza gobernante. El ex ministro del Interior de Uruburu y senador por la provincia de Buenos Aires atacaba a *Crítica* por practicar un periodismo chantajista y “gangsteril”, por el cual “se estimula la división de clases que la vida crea, y no la ley ni la voluntad, para convertirla en antagonismo, primero, y en odio, después; se azuza la envidia y el rencor de los pobres contra los ricos, de los sirvientes contra los patrones, de los gobernados contra los gobernantes”.

A través de un proyecto de “amparo a la prensa”, Sorondo propuso reforzar la aplicación de las infracciones del código penal cometidas a través de la prensa (calumnia, injuria, sedición, desacato) y establecer duras penas obligatorias para estos delitos, al tiempo que instituir delitos específicos de prensa, como los abusos a la moral y las buenas costumbres, a las creencias religiosas y a la reputación comercial. El “pasquinismo” contra el que combatía este proyecto constituía un “flagelo que envenena en sus fuentes el juicio de opinión, de allí su extrema gravedad como factor de corrupción social”. En los países de sufragio universal, alertaba Sánchez Sorondo, debía cuidarse celosamente la “verdad” y “lealtad” de aquellos “tiburones de los fondos turbios del periodismo”.

Hasta cierto punto, Sorondo utilizaba una retórica similar a la que utilizaban los socialistas en los años veinte, cuando acompañaban las campañas de los matutinos “serios” contra el chantaje periodístico o repudiaban el rol de los vespertinos en la extensión de la plaga del juego. Sin embargo, los socialistas, por boca de Alfredo Palacios, se colocaron ahora del lado de *Crítica*, que enfrentaba además denuncias querrelas judiciales contra el senador conservador. Palacios ya se había enfrentado con Sánchez Sorondo en 1932, cuando en el Senado lo hiciera responsable político de las torturas a los presos políticos y sociales, mientras que *Crítica*, que llevaba adelante una notable campaña contra los abusos policiales, reconocía con grandes titulares los esfuerzos del senador socialista para probar los hechos.⁷⁶

En 1934, en ocasión de la ley de amparo de la prensa, Palacios argumentó que el artículo 32 de la Constitución inhibía al Congreso dictar leyes penales sobre esta materia para toda la nación, prerrogativa que recaía exclusivamente en las legislaturas provinciales, tal como había dejado asentado, además, la Corte Suprema en fallos anteriores. Más importante aún, Palacios desestimaba el problema en los términos en que el senador por la provincia de Buenos Aires presentaba el proyecto. Recordaba el socialista que en la Argentina existía una larga tradición de libertad de prensa: “estamos acostumbrados a que los pasquines nos agravien todos los días. Los hombres del sector de la derecha y los de la izquierda son fustigados reaciosamente, y a fe que eso no vale la pena de preocupar, máxime si uno piensa que las Cartas Quillotanas pueden presentarse como una antología del dicitario”.⁷⁷

A mediados de los años treinta el problema del chantaje periodístico no estaba del todo ausente como preocupación para los socialistas. Incluso, podía despertar reclamos por medidas que arrojaran luz sobre “los bastidores de la prensa”, es decir, que obligaran a una mayor publicidad sobre el financiamiento de los periódicos.⁷⁸ Ello era necesario dado que existían sólidos intereses económicos, empresas capitalistas, que corrompían la prensa, y a través de ella, “deformaban” la conciencia del público. Pero la encarnación concreta de esta prensa venal, según *La Vanguardia*, no eran los principales exponentes de la prensa popular y masiva de Buenos Aires, como *Crítica* o *La Razón*. Ni siquiera eran periódicos que llegaran a una porción significativa del público. Se trataba, en cambio, de periódicos de orientación

⁷⁶ Víctor García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Planeta, 2011, p.

⁷⁷ Alfredo Palacios, *Libertad de prensa*, Buenos Aires, Claridad, 1935, p. 153.

⁷⁸ “Prensa de asalto. Piratería fascista”, LV, 1/10/1936, p. 1.

fascista, a los que caracterizaba como “petardistas, chantajistas, que negocian en honras y escándalos”. De allí que justificara sin ambages la clausura por parte de las autoridades del diario *Frente argentino*, “medida que no daña esta vez la libertad de prensa, sino que impide el negocio infame, el chantaje, la piratería”.⁷⁹

Si bien el proyecto de ley de Sánchez Sorondo fue rechazado en la Cámara de Diputados (luego de su aprobación en la Cámara Alta), señaló un hito en el proceso de transformación de las relaciones entre estado y prensa en la Argentina de los años treinta. El otro episodio relevante se produjo en 1935, en ocasión de un decreto firmado por el presidente Agustín P. Justo dirigido a reglamentar las actividades de las agencias de publicidad y de los corresponsales de los diarios a través de la confección de un registro controlado por la Dirección general de Correos y Telégrafos. El gobierno nacional se arrogaba la facultad de clausurar cualquier oficina de informes periodísticos que “diese informaciones falsas o contrarias a la moral o al orden público, o tendientes a perturbar la opinión o que redundasen en descrédito del país”.⁸⁰

Los socialistas enfrentaron este decreto por considerarlo injusto, impracticable y, sobre todo, lesivo de la libertad de prensa.⁸¹ *La Vanguardia* presentaba esta postura, al igual que con lo sucedido el año anterior, en el marco de un posicionamiento compartido con otras voces públicas: “todas las fuerzas sanas de la opinión nacional que repudiaron enérgicamente el proyecto reaccionario de amordazar la prensa bajo el disfraz de un ‘amparo’, se han vuelto a poner de pie para protestar contra la reglamentación de los servicios informativos que ahora ensaya el gobierno”.⁸² Al igual que la iniciativa de Sánchez Sorondo, planteaban los socialistas, este decreto “dictatorial” respondía a una actitud de desprecio hacia los derechos más esenciales de la democracia argentina. Pero también significaba un quebranto para la calidad de la “prensa independiente”, aquella que escribe “inspirada en convicciones sanas, animada por el deseo de educar al pueblo y de contribuir con su crítica y altivez a la dignificación de la república”.⁸³ Con el objetivo de ponerse a la cabeza de este amplio repudio provocado por el “ucase inconstitucional”, los socialistas iniciaron una campaña que incluyó despliegue de cartelera callejera y un pedido de interpelación del diputado Dickmann al ministro del Interior. Con la oposición de la prensa local y las agencias de noticias norteamericanas, Justo debió suspender primero, y retirar después, el polémico decreto.⁸⁴

En los años treinta la actividad periodística dio pasos importantes en la maduración de su estructura institucional que implicaron tensiones, conflictos y divisiones. A su vez, en un contexto de acelerada profesionalización, se plantearon interrogantes sobre el lugar y la función del periodista en la sociedad. Esto colaboró en la construcción de un relato en el que la prensa se erigía en actor central de la historia nacional entendida como el despliegue de la libertad. Ello se expresó a principios de los años cuarenta a través de las numerosas historias del periodismo argentino publicadas en este momento. También puede mencionarse, en este sentido, la institución del día del periodista. Esto en el marco de una industria que podía mostrar una trayectoria que la consagraba como líder de la industria a nivel subcontinental, pero que al mismo tiempo enfrentaba repentinamente una doble amenaza: la escasez de papel y el avance del estado sobre las libertades que la industria periodística concebía cada vez más en términos corporativos.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ “Periodismo dirigido. ¿Qué persigue el gobierno?”, LV, 22/7/1935, p. 1.

⁸¹ “Contra la libertad de prensa. Decreto inaceptable”, LV, 21/7/1935, p. 1.

⁸² “Periodismo dirigido. ¿Qué persigue el gobierno?”, LV, 22/7/1935, p. 1.

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ James Cane, *The Fourth Enemy*..., pp. 78-79.

b. La tormenta del mundo

Desde el punto de vista del socialismo, el proceso de transformaciones periodísticas producido en el marco de la guerra civil española significó una novedad: la confluencia política con quienes, al mismo tiempo, competía en el terreno periodístico. En claro contraste a lo sucedido durante la década de 1920, cuando se asistió a una batalla frontal entre *La Vanguardia* y *Crítica*, el marco más restrictivo en el que se desenvolvía el periodismo en los años treinta había creado las condiciones para un vínculo menos ríspido con la prensa popular (en rigor, con la gran mayoría de los actores de la prensa). Pero fue durante la guerra civil española, y en función del espacio compartido como baluartes del bando republicano y antifascista, cuando esta relación mutó en entendimiento y simpatía.

Al igual que en otras metrópolis, la prensa popular y masiva de Buenos Aires hizo de la guerra de España su gran tema.⁸⁵ Dentro de la diversidad de opiniones y posicionamientos (entre los periódicos, y al interior de cada uno de ellos), *Crítica* y *Noticias Gráficas* se destacaron como abanderados en la defensa de la República. En el contexto de la guerra, estos diarios, los más leídos de la tarde, hicieron uso de una retórica de tono obrerista capaz de permear allí donde la prensa de izquierda no lo hacía. Desde la redacción de *Crítica*, donde revistaban muchos escritores de izquierda, en particular destacados miembros del Partido Comunista como Raúl González Tuñón, Cayetano Córdova Iturburu, Ernesto Giudice, no sólo se realizaron campañas para recaudar fondos sino también gestiones diplomáticas para conseguir la repatriación de numerosos republicanos, muchos de los cuales pasaron a trabajar para el diario. La guerra en España se convirtió en una causa sentida por las masas populares urbanas de la mano de *Crítica* y *Noticias Gráficas*.

Por su parte, la prensa socialista no rehuyó al desafío. Por el contrario, el conflicto español y su enorme impacto en la prensa y en la opinión pública local brindaron las condiciones para que el diario socialista atravesara por cambios importantes en su composición, impresión y presentación. Dos meses después del inicio de la guerra, *La Vanguardia* incorporó modificaciones en su estilo y diagramación.⁸⁶ Acompañando el movimiento general de los diarios en todo el mundo, la información internacional y los combates en España desplazaron a las noticias de política local y se instalaron cómodamente en la primera plana, con fotos, mapas y grandes titulares. Pero fue recién a mediados de 1939 cuando *La Vanguardia* atravesó por la transformación más audaz, aunque también más efímera, de su historia. Mientras España comenzaba a vivir su posguerra y la Segunda Guerra Mundial pasaba a ocupar la primera plana de los diarios, el diario socialista cambió su mando político y editorial, y se dotó de una nueva estructura de negocios destinada a favorecer la profesionalización y la competitividad. El salto transformador de la prensa socialista, de todos modos, no se sostuvo en el tiempo. Si bien la salida de Mario Bravo de la dirección de *La Vanguardia* fue un factor importante, mucho más decisivo fue el nuevo contexto de restricciones que sufrió la industria periodística en todo occidente por la escasez de papel en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y por la creciente limitación que los estados realizaban sobre la publicación de información internacional.

(En desarrollo)

⁸⁵ Adrien Bingham y Martin Conboy, "The *Daily Mirror* and the creation of a commercial popular language. A people's war: a people's paper?", *Journalism Studies*, Vol. 10, Nº 5, 2009.

⁸⁶ "Por *La Vanguardia*", *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 1936, p. 1; "*La Vanguardia*", *La Vanguardia*, 11 de octubre de 1936, p. 8.